

# QUINTO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL P. JERONIMO NADAL

Peter-Hans Kolvenbach S.J.

*Superior General,  
Compañía de Jesús*

**E**n medio de la preparación de nuestra 35ª CG sobreviene la conmemoración del quinto Centenario del nacimiento del P. Jerónimo Nadal, el 11 de agosto de 1507 en Palma de Mallorca (España). Rememorar el papel jugado por el P. Nadal en los orígenes de la Compañía y espigar algo en su experiencia y sus escritos puede aclarar nuestros trabajos de preparación y los de la CG misma.

Gracias a la insistencia del P. Nadal, San Ignacio aceptó legarnos su testamento espiritual en el “Relato del Peregrino”, ese escrito tanto más indispensable por cuanto, según el P. Nadal, “toda la vida de la Compañía está contenida en germen y prefigurada en la historia de Ignacio”. Y gracias al P. Nadal, la letra y el espíritu de las Constituciones se difundieron entre las primeras generaciones de jesuitas, frecuentemente con ayuda de expresiones lapidarias como “nosotros no somos monjes” o “el mundo es nuestra casa” y “nuestra habitación nos sirve de coro”, expresiones que todavía hoy nos indican lo que el Señor espera de nosotros, sus compañeros de camino, en favor de su Iglesia y de su pueblo.

El P. Pedro Arrupe, el primer centenario de cuyo nacimiento celebraremos el próximo 14 de noviembre, había ya redescubierto los escritos del P. Nadal, algo olvidados, para citarlos en sus últimas exhortaciones. Porque el P. Nadal, al explicar las Constituciones y los Ejercicios, planteaba cuestiones que nos urgen todavía hoy cuando hacemos

nuestro examen de conciencia e intentamos evaluar la impresionante vida y actividad apostólica de la Compañía de Jesús.

Así, cuando en nuestro discernimiento orante surge la cuestión de nuestra identidad, el P. Nadal nos recuerda que, sin duda, “nada de lo que la caridad puede hacer para ayudar al prójimo queda excluido de nuestro instituto, aunque a condición de que todo servicio aparezca como espiritual y nos quede bien claro que lo que nos propio es lo más perfecto, es decir los ministerios espirituales”. El P. Nadal mismo será reconocido como un gran espiritual, pero también como el primer organizador de la ayuda social en Sicilia, durante los cinco años que allá pasó, proclamando la palabra de Dios. Sin embargo, al comprometerse en toda clase de obras de misericordia, mantenía “en medio, como el fiel de la balanza” (EE 15), sus elecciones de vida y sus opciones apostólicas, dejando siempre al Señor la libertad de intervenir para su mayor servicio. De ahí el rechazo tanto de todo espiritualismo desencarnado como de todo activismo profesional secularizado.

Como lo dirá la CG 34 (542), un compañero de Jesús no se contenta con cualquier respuesta a las necesidades de su tiempo. Su respuesta debe transparentar en todo la iniciativa del amor de Dios y el modo de proceder del Señor que está ahí operante. Y lo será si se apoya en la tríada pastoral que incluye el ministerio de la palabra, el ministerio de los sacramentos y el ministerio de las obras de misericordia, sin acentuar indebidamente o de manera unilateral tal o tal aspecto de la misión del Señor en detrimento de los otros. La Compañía deberá vivir la fidelidad a esta tríada pastoral en “su preocupación por las almas de quienes nadie se cuida o por las que no se tiene más que un cuidado negligente. Para ellas ha sido fundada la Compañía; ahí está su fuerza; ahí está su dignidad en la Iglesia”.

Así, ser miembro de la Compañía de Jesús significa haber sido elegido y enviado a las mismas tareas de los apóstoles, es decir, “ayudar a las almas”, ponerse en seguimiento del buen pastor a la búsqueda de la “oveja perdida”. En la misma longitud de onda que el P. Nadal, su amigo en el Señor Pedro Fabro subraya en esta misión de ayudar, venida del Señor, toda su amplitud: “Que también yo pueda ser capaz de ayudar mucho, de consolar, liberar, alentar, y aportar luz no sólo a su espíritu, sino también a su cuerpo, y aportar muchos otros socorros al cuerpo y al alma de mi prójimo, sea cual fuere”.

Este breve retorno a las fuentes de la Compañía nos recuerda la razón misma por la que el Espíritu ha querido tener necesidad de los jesuitas para la vida de la Iglesia, y nos confirma en una fidelidad creadora a esta llamada divina. Reconociéndose en la misión del apóstol Pablo – “Pablo significa para nosotros nuestros ministerios”, escribe el P. Nadal–, los primeros jesuitas sabían que la búsqueda de la oveja perdida les impulsaba hacia las fronteras de la Iglesia – a sus fronteras geográficas, cierto, pero también a las encrucijadas en que las ardientes exigencias de la humanidad y el anuncio del Señor – la verdadera respuesta a esas exigencias– han sido o son confrontadas. Juan Pablo II ha incluido en este dinamismo apostólico un fuerte compromiso “en el dominio social y al servicio de los últimos en la Compañía”, pero subrayando que “esa dimensión no deberá separarse jamás del servicio global de la misión evangelizadora de la Iglesia, que se hace cargo de la salvación de todos los hombres y de todo el hombre, a partir de su destino sobrenatural” (AR XXI 904).

Es en esta acción, cumplida a la manera de los apóstoles, como el P. Nadal nos exhorta a ser contemplativos. Y es además sobre todo gracias a la fórmula “ser contemplativo en la acción”, aunque no la emplee más que una sola vez en sus escritos, como el P. Nadal es conocido y continúa siendo actual. Él no ha querido formular un principio de espiritualidad, sino describir un rasgo de la figura de San Ignacio, que en todas las cosas, acciones o conversaciones, sentía y contemplaba la activa presencia de Dios y el atractivo de las cosas espirituales, lo que él mismo acostumbraba a expresar mediante estas palabras: es necesario encontrar a Dios en todas las cosas. Sin utilizar la fórmula “contemplativo en la acción”, el P. Nadal reitera una y otra vez este ruego apostólico que debería caracterizar al servidor de la misión de Cristo. Así escribe en su diario espiritual: “Yo no quiero que seas espiritual y devoto sólo cuando celebras la Misa o cuando te encuentras en oración; quiero que seas devoto y espiritual cuando te consagras a una actividad, a fin de que brille en tus obras mismas una fuerza repleta de espíritu, de gracia y de devoción”. La razón verdadera de ello estriba en que “nosotros no obramos por nosotros mismos, sino en Cristo, por su gracia, por su fuerza, como si

*el rechazo tanto de todo  
espiritualismo desencarnado  
como de todo activismo  
profesional secularizado*

se dijese: obro yo, pero no soy yo, es Cristo quien obra en mí y yo en Él. En todas las cosas, sentir lo que Cristo haría o decidiría”.

Ser contemplativo en la acción no es para el P. Nadal ni un simple consejo práctico ni un deseo piadoso. Tampoco se trata sólo de una sucesión de momentos de acción y de tiempos de oración. El P. Nadal presenta la familiaridad de un compañero de Jesús con Dios como un movimiento circular que se inicia en la moción del Espíritu, pasa por nuestro corazón y desemboca en un compromiso apostólico concreto, para retornar a su fuente en Dios. Hablando en 1561 a los Escolares de Coimbra, abrumados por los estudios y con escaso tiempo en su vida para la oración, les anima a crecer yendo “como en un círculo” de la contemplación a la acción y de la acción a la contemplación, porque “si en la práctica (un Escolar) emprende los estudios con fervor y se inspira en la oración para su desarrollo, irá adelante y Dios nuestro Señor le ayudará”.

*“Spiritu,  
corde  
et practice”*

Esta vida de oración apostólica nace de su fuente única en el Espíritu –spiritu–, que nos habla de corazón a corazón. Queriendo que en todo Dios sea el primer servido, el compañero de Jesús escudriña y discierne lo que el Señor espera de él, contemplando sobre todo, en la escuela de los Ejercicios Espirituales, los misterios de la vida de Jesús, para que no sólo la elección de nuestra actividad sea la Suya, sino también la manera de cumplirla, en su Espíritu. Habiendo, pues, acogido del fondo del corazón –corde– lo que ha sido recibido como una moción espiritual –spiritu–, esta moción se encarna en la práctica –practice–, es decir en un compromiso concreto de “ayuda a las almas”, en la puesta en marcha del amor al prójimo, en seguimiento y según las preferencias del Señor del mandamiento nuevo.

Sin embargo, aquí no se cierra el movimiento circular, recalca el P. Nadal, porque en la acción puede debilitarse el vigor apostólico y su orientación hacia un mayor servicio de Dios puede desviarse y cambiar de ruta. Es preciso entonces, anota él, volver sin cesar a la contemplación de la vida y de la persona de Cristo (EE 214). Así, por este movimiento circular que nos hace pasar “en el Señor” de la contemplación a la acción y de ésta a la contemplación, el “sentido de Cristo” habita en nosotros y se adueña de nosotros, y lo que llega a cumplirse es únicamente la ayuda que el Señor quiere en beneficio de su pueblo. Para decirlo con las mismas palabras del P. Nadal, “tú estarás atento para que tu fe no sea solamente especulativa, sin repercusión alguna en tu corazón. Esfuérate por hacerla práctica y que

tu corazón se inflame de amor hacia Dios y el prójimo”. Porque, “si os dedicáis al prójimo y al servicio de Dios, en vuestro ministerio o en cualquier oficio, Dios os ayudará enseguida más eficazmente en vuestra oración. Y esta ayuda más eficaz de Dios os ayudará a su vez a dedicaros al prójimo con más coraje y provecho espiritual”.

He aquí esa robusta espiritualidad, tal como el P. Nadal la ha leído en la Vida de San Ignacio, que exige un compromiso personal –corde– basado en una intensa vida en el Espíritu –spiritu–, completamente integrada en fecunda simbiosis con la actividad apostólica –practice– y apoyándose sobre amplios espacios dedicados a la oración apostólica personal y compartida con la Comunidad (cf. AR XVII, 536).

Esta espiritualidad no vacila en llegar a ser radical cuando la misión de Cristo lo exige: “En esta Compañía no se conoce tiempo libre, porque si no están ocupados en sus iglesias, lo están en la búsqueda de almas a las que puedan hacer avanzar en la vida espiritual”; o bien: “No se dedican a ninguna conversación, a ninguna acción que no aspire finalmente a socorrer a las almas y a obtener algún fruto espiritual”. Como su Maestro Ignacio, tampoco el P. Nadal puede imaginar una Compañía cuya vida acabara en rutina, sin fe en el porvenir, o unos jesuitas convertidos en inactivos y fríos. Porque “si la Compañía es fervor”, según la expresión del P. Nadal, es precisamente porque busca “con fervor la salvación y la perfección del prójimo”, en un amor apasionado por Cristo, por “su Vicario en la tierra” y por su Iglesia.

El lenguaje del P. Nadal, bastante pesado, abstracto e inusual, puede obstaculizar su comprensión. Pero sin embargo nos transmite una “gran claridad de corazón, la fe en la unión con Cristo y una gran esperanza en el incremento de la gloria de Dios en la Compañía y en la Iglesia”. Nos habla del “primer amor” de los primeros compañeros, que la Compañía, hoy, al preparar la 35ª CG, no quiere perder, sino, al contrario, renovar. Y para ayudarnos a encontrar el modo de proceder a lo largo de la CG, el P. Nadal nos recuerda que “existe un socorro singular y divino al unir a nuestras operaciones la verdad y la luz que recibimos de la fe, de esa fe que Dios aclara por los dones del Espíritu, de tal manera que nosotros nada pensamos ni tratamos que no proceda de esta verdad y de esta luz superiores, sobrenaturales y tan dulces, nada que preceda a esta luz por la que el espíritu es iluminado y la acción de Dios deviene evidente”.

Así, en este tiempo de preparación de la CG, lo más importante, si escuchamos al P. Nadal, es “encontrar a Cristo de tal manera que en todas

las cosas sintamos lo que Cristo haría o decidiría en ese momento, si Él estuviera allí”. Ciertamente, será preciso, a lo largo de la próxima CG, trazar el perfil del nuevo superior general que se ha de elegir, encontrar una fórmula más eficaz para las conferencias de superiores mayores que han enriquecido el gobierno de la Compañía. Muchas congregaciones provinciales han solicitado que se reafirme nuestra misión habida cuenta de la mundialización y de la ecología, de los problemas planteados por las migraciones, los desplazamientos forzosos y las discriminaciones. Será preciso estudiar las luces y sombras de la colaboración con los no jesuitas al servicio de la Compañía y de la Iglesia, y también de la misión de la Compañía, ya que sin tal colaboración muchas de nuestras obras apenas tendrían futuro. Un buen número de postulados solicitan la renovación del apostolado social, del de las comunicaciones de masa. Y en opinión del *coetus praevius*, que ha puesto en orden todas las solicitudes venidas de la Compañía, será necesario también abrir al menos un debate sobre la promoción de vocaciones y sobre el apostolado con los jóvenes.

*“encontrar a Cristo de tal manera que en todas las cosas sintamos lo que Cristo haría o decidiría en ese momento, si Él estuviera allí”*

Como ayuda para debatir en profundidad todos los desafíos a nuestra actividad apostólica, se han emprendido estudios previos. Sin embargo, lo específico de una CG es que las deliberaciones no se ciñan a una investigación que desemboque en decisiones, sino que conduzca a un discernimiento orante para escudriñar lo que el Señor espera de nosotros, sus compañeros de

camino, servidores de su misión. El estímulo que el P.Nadal se atreve a darnos para nuestros debates y trabajos sobre todo estos temas consiste en “comprender por Su inteligencia, querer por Su voluntad y recordar por Su memoria, a fin de que todo se haga en Cristo”.

Además de los temas ya mencionados y que la CG podría hacer suyos, en las reuniones de superiores mayores se nos ha hecho la propuesta de prever un decreto sobre nuestra obediencia, como las CG anteriores lo han hecho acerca de la pobreza y la castidad. Puesto que “la Compañía somete enteramente todo su entender y querer a Cristo nuestro Señor y a su

Vicario” (Const. 606), el Santo Padre ha solicitado a la Compañía, que va a reunirse en CG, que se pronuncie de nuevo sobre esta obediencia que los profesos especifican en su cuarto voto, expresando el compromiso de todo el cuerpo universal de la Compañía. El P. Nadal, que por decirlo así ha asistido al nacimiento de esta obediencia especial, subraya sobre todo el vínculo de unión con el Pastor universal, que precisamente a causa de su carácter universal, trasciende todo vínculo a un trabajo, a un país o a un grupo particular, o a una Iglesia particular. El P. Nadal escribe: “En todo lo que hacemos, nos unimos lo más posible al Papa, porque, como superior universal, es él quien tiene la responsabilidad de todo lo que falta en las situaciones particulares. Nosotros nos ponemos a su servicio de manera universal e inmediata. Tal es el origen del cuarto voto especial hecho a Su Santidad”.

Porque la responsabilidad universal del Vicario de Cristo en la tierra hace de él testigo y garante privilegiado de las orientaciones apostólicas y de las necesidades apostólicas de la Iglesia en favor del mundo, los primeros jesuitas, desde su origen, se unen por obediencia al Santo Padre primero y después a los superiores de la Compañía (Const. 547). La razón de ello estriba en el deseo de no errar en los caminos del Señor (Const. 605) y de ser guiados en la elección de ministerios y la orientación de nuestros apostolados. El que las relaciones de la Compañía con el Vicario de Cristo sean reconfortantes, como con el “Papa Marcelo”, o tumultuosas, como con el Papa Paulo IV, no cambiará en nada la visión que tenemos nosotros sobre la Santa Sede y que se expresa en el cuarto voto. Al describir sosegadamente la historia de estas relaciones, el P. Nadal se contenta con rogar “luz y claridad para el Soberano Pontífice y el Colegio de Cardenales, a fin de que en ellos nada pueda considerarse que no sea espiritual y perfecto”.

Como el P. Nadal ha podido animar a la Compañía del siglo XVI con sus comentarios a las Constituciones, esta carta que conmemora su nacimiento ha intentado mostrar cómo lo que él nos comunica acerca de su experiencia y su familiaridad con San Ignacio y los primeros compañeros puede ayudarnos en la preparación de la próxima CG: “Una renovación del espíritu y una nueva manera de vivir y de gobernar son necesarias para que en la Compañía se emprenda una nueva marcha en todas las cosas. Tal es la voluntad de Dios y del Padre Ignacio, pero en preciso partir desde la humildad en Cristo”.